

## LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

### Un camino, una dirección, una misión

*Cuando uno se aventura por los caminos no siempre fáciles de la vida espiritual, sobre todo a la hora de tomar decisiones importantes, experimenta normalmente la necesidad de un guía espiritual que le ayude a no desviarse y a discernir entre las distintas opciones que se le presentan. No es la primera vez que Selecciones se ocupa de la dirección espiritual. En su artículo sobre el tema (ST nº 122 [1992] 204-208), A. Chapelle situaba la dirección espiritual en el conjunto de la solicitud pastoral de la Iglesia. Ampliando el campo y poniendo la dirección espiritual en relación con el sacerdocio común de todo bautizado, el autor del presente artículo expone de una forma clara y sencilla las condiciones que ha de reunir todo acompañamiento espiritual.*

*La direction spirituelle. Un chemin, une direction, une mission, Vie consacrée 69 (1997) 8-28*

Desde los orígenes de la experiencia cristiana disponemos de testimonios de esa ayuda fraterna que los hombres y mujeres pueden prestarse en la búsqueda de Dios, en la respuesta a su voluntad y en la amistad profunda que cada cual está llamado a desarrollar con su Señor. La santidad cristiana no es fruto del individualismo. Se apoya en la comunión de los santos y en la tradición de la obra de sabiduría divina en nuestras vidas. El consejo espiritual, el acompañamiento espiritual, la dirección espiritual son signos tangibles de la solicitud personal de Dios para cada uno de sus hijos. Cada época de la vida de la Iglesia concibe de manera peculiar este tesoro de sabi-

duría. Las tradiciones son múltiples, pero convergen y se confirman mutuamente en lo esencial: el «deseo de ver a Dios». Todas reconocen la importancia de este «sacramento fraterno» del acompañamiento para el crecimiento en santidad.

En este artículo nos proponemos describir el acompañamiento espiritual como un camino, como una dirección, como una misión. Con estos tres términos, intentaremos resaltar la importancia del pasado, del presente y del futuro de todo acompañamiento. Pondremos esta descripción en relación con el sacerdocio común de todo bautizado, que implica la condición de profeta, rey y sacerdote. Esto nos

ayudará a sugerir en cada momento algunas reflexiones fundamentales —puntos de apoyo—

antes de sacar algunas pistas de aplicación para el acompañamiento espiritual.

## I. UN CAMINO, UN DON PROFÉTICO

El hombre no nace «hecho». Su concepción, nacimiento y crecimiento son el signo de que su ser profundo está siempre por revelarse. El niño tiene todavía que «aprender» mucho sobre la vida, sobre sí mismo y sobre los otros. Este agradecimiento gozoso de una vida que brota, crece, florece, es fundamental para entrar en la experiencia espiritual. Decir «vida» es decir movimiento, estaciones, variaciones, devenir. Y una «vida» asumida por una libertad, consciente de sí misma, significa que cada uno tiene una historia personal, ligada a la historia de sus hermanos y hermanas. El acceso a Dios, a su intimidad y a su voluntad, es una historia. Caminamos hacia Dios: la vida espiritual es un camino. Hacemos ruta como hermanos y hermanas, todos juntos. Peregrino del Absoluto, el hombre busca EL camino, LA verdad, LA vida.

### Puntos de apoyo

1. *El hombre es libertad.* Tanto la reflexión filosófica como la teológica nos llevan a reconocer que no somos el origen absoluto de nosotros mismos. El hombre es una creatura. Es dado a sí mismo, «confiado al universo». El hombre, por su espíritu, es un ser-de-don. No puede dejar de ser consciente del Dador de su ser. Sin embargo, en lo que es au-

tónomo «se le deja a su libre disposición». Esta asunción del hombre por sí mismo es la tarea de la vida. La libertad espiritual estructura al hombre al mismo tiempo que es apoyada y moldeada por el uso de sus facultades. La libertad aparece en toda su grandeza y su riesgo en el consentimiento o negación por parte del hombre del ser que es, de la creatura obligada intrínsecamente consigo misma. Desde el principio, el hombre es llamado a darse libremente a Dios y a los otros. ¿Qué significa la libertad, sino el poder de darse y de darlo todo?

Desde un punto de vista teológico, la libertad espiritual de cada uno tiene un centro: la adhesión decidida y personal a Cristo, la respuesta a su llamada, el gusto por la contemplación de los «misterios» de su vida, el amor de su Nombre. Así el hombre es revelado a sí mismo en el diálogo verdadero con su Dios.

2. *El hombre es capaz de conocer la voluntad de su Creador.* Detengámonos un momento ante esta realidad: el hombre puede entrar en la intimidad divina y adquirir un conocimiento certero, aunque siempre limitado, de la voluntad de Dios. Este hecho muestra a la vez la nobleza y la grandeza de aquél que lo ha querido así. San Ignacio habla de «buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para

el bien de su alma» (EE, 1). El descubrimiento de esta voluntad supone un trabajo, un deseo, una elección de la libertad, una disposición para escuchar y comprender este deseo divino. Que la voluntad humana pueda hacer suyo el deseo de Dios: he aquí su grandeza y su belleza. La felicidad consiste en la asunción libre de esta capacidad.

La providencia de Dios, que lo gobierna todo con sabiduría y amor, no está, sin embargo, vacía. No es genérica en el sentido de la bondad de Dios en favor del mundo. Esta preocupación de Dios es singular: afecta a cada hombre en particular. «Tú me sondeas, Señor. Me conoces. Ya me levante o me siente, tú lo sabes. Desde lejos penetras todos mis pensamientos» (Sal 139, 1-2).

La voluntad de Dios está inscrita en la historia de los hombres. Es «legible» para aquél a quien le es dado «ver y escuchar». Es «comprensible»: tiene sus criterios, sus razones que convencen, iluminan, confortan (véase la tradición de discernimiento de los Padres del desierto, las reglas de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio). ¡Qué audacia espiritual la de afirmar que se puede entrar en este conocimiento! Precisamente allí donde ciertas concepciones antropológicas limitan al hombre a un horizonte terrestre, por el descubrimiento de todos sus condicionamientos (¡bien reales!), allí mismo resuena la pretensión cristiana: fuerte, alentadora, exigente. El hombre es capaz de descubrir el designio per-

sonal de Dios sobre él y de realizarlo. He aquí un armónico espiritual esencial de la definición antropológica patristica: *homo capax Dei* (el hombre es capaz de Dios).

## **Aplicaciones a la relación espiritual**

Todo camino de acompañamiento es un retorno a los orígenes del ser personal. Este retorno no es un recuerdo nostálgico, ni un análisis psicológico. Para todo hombre, volver a encontrar sus orígenes es tomar conciencia, con fuerza y con paz, del acto creador que le ha dado a luz y que sigue sosteniendo su existencia en cada instante. Este retorno al origen es «el fundamento» de toda iniciativa espiritual. Y este retorno debe ser experiencial.

La dinámica de la memoria, profundamente inscrita en el hombre, atraviesa toda la historia de salvación. Hacer memoria es el acto por el cual el pueblo de Israel encuentra y reconoce siempre su identidad: «Escucha, Israel...» En los relatos de vocación, la identidad propia del profeta llamado, del rey, de los discípulos, del joven rico, se refuerza con la consideración de la obra de Dios desde el principio. «Desde el seno materno, tú me conoces y me conduces» (Sal 139).

Si el director espiritual invita al dirigido a hacer memoria de su vida, a releer su vida, es para forzar su identidad de creatura. El sentido espiritual de los acontecimientos no surge únicamente del instante presente. Se lee en la

memoria de una historia personal. Hace falta «visitar» una y otra vez la propia historia para encontrar en ella las huellas de Dios, el sentido de los acontecimientos. Es la roca sobre la cual tanto el acompañante como el acompañado podrán construir el momento presente y dibujar el futuro: opciones y mociones diversas aparecen siempre en el horizonte de una memoria santa. La opacidad del pasado no es pura tiniebla, aunque el acto de memoria pueda revelar sufrimientos y agujeros negros.

El acto de la memoria surge de la libertad. Libertad que posibilita la asunción de las propias debilidades, conociéndolas lucidamente. Le permite también a la gracia de Dios ser «perdón, resurrección y vida transfigurada». Hacer memoria es enraizarse en la certidumbre de que los agujeros y los sufrimientos de la historia personal han sido asumidos por Dios. Ha estado presente en cada instante. El director espiritual apoya la seguridad de esta

presencia e invita al dirigido a vivir de ella cada vez con más profundidad. La persona puede releer varias veces su vida. Este ejercicio, realizado fraternamente, debe llevarlo a crecer en comunión con Dios, que está más en lo hondo de la persona que ella misma.

El acto de la memoria es un acto de consolación. Da frutos de paz y alegría, incluso si el hermano hace memoria de sufrimientos o errores. El dolor, como el pecado, forman parte de la vida del hombre. Dios da al ser humano el poder de sanar sus propios sufrimientos y de recibir el perdón. A veces será necesario un largo camino espiritual para poder encontrar la paz y la alegría, para encontrar la seguridad de estar «en brazos de Dios», para gustar la ternura de un Padre que nos ama desde la eternidad, para poder unirse íntimamente al grito de los pecadores perdonados durante la liturgia pascual: «¡Dichosa la culpa que nos valió tal Redentor!».

## II. UNA DIRECCIÓN, UN DON REAL

El camino no conduce al vacío. Si la persona se pone en marcha, es siempre en una dirección determinada. El Señor mismo nos invita a ello por boca de Isaías: «No he dicho a la descendencia de Israel: "buscadme en el vacío"» (45, 19). Pero no todos los caminos llevan a Dios. Algunos son callejones sin salida, otros nos alejan o nos acercan a él. No vivimos en un espacio-tiempo concebido

al modo pagano, como eterno retorno de las cosas. Nuestro tiempo no es circular. El camino por el que el hombre está caminando lleva a alguna parte. Decir «origen e historia» es decir también término de esta historia. Entre el origen y el fin aparece el momento presente en toda su originalidad. El tiempo pertenece a Dios. Un tiempo del que el hombre se sirve para unirse a su Creador.

Cada instante es gracia. Es la «hora», el momento favorable. En la vida espiritual existen *kairoi* (tiempos oportunos) cuyo peso hay que discernir en la historia personal de cada uno.

## Puntos de apoyo

1. *Toda libertad es histórica.* Todo hombre es llamado a darse para autorrealizarse. Los actos humanos, realizados en conciencia, nos construyen o nos destruyen. El hombre no se reduce a estos actos, pero en ellos se construye o se destruye: debe desarrollarse al tomar decisiones y al realizar gestos que le afectan a él, a sus hermanos y hermanas, y a Dios. La libertad está encarnada. Entra en las mediaciones de la historia: paciencia, actualidad, adecuación o no de los deseos a la realidad.

Historia santa, historia de los hombres, ¿dónde encontrar a Dios sino en el mundo al cual pertenecemos? Sin circunscribirlo a estos límites, nos resulta difícil encontrarlo fuera del espacio-tiempo de nuestra humanidad. El flujo del instante no es absurdo. El instante es presencia de la Eternidad en el tiempo. Todo acontecimiento es portador de un sentido que hay que descifrar.

2. *La elección es el crisol de todo progreso espiritual.* La vida de cada día nos ofrece numerosas ocasiones para tomar decisiones. ¿No es lo propio del hombre decidir y asumir las consecuencias de sus decisiones? La decisión construye al hombre, le permite crecer. Esta constatación es válida tam-

bién para la vida espiritual: una buena decisión compromete y fortifica. Se derivan siempre de ella frutos espirituales. En lo concreto de la existencia, el hombre experimenta la fuerza sorprendente de su libertad, la cual, a través de sus facultades, se descubre apta, no sólo para conocer la voluntad de Dios, sino también para asumirla y cumplirla. Pues no basta con conocer la voluntad de Dios, hay que realizarla.

Si el hombre es acogido, recibe la seguridad de la fuerza misma de Dios para lo que decide. Su decisión reviste un carácter divino que da frutos de dicha y de paz. La decisión humana es participación en la obra de la Redención, a condición de reconocer siempre su fuente —la llamada de Dios— y de corresponder a ella libremente.

## Aplicaciones para la relación espiritual

1. *Las edades de la dirección.* Toda relación humana se sitúa en el tiempo. Una diferencia de edad entre el director espiritual y el dirigido puede ser una ayuda para dar y recibir un consejo con mayor facilidad. Pero no es algo necesario: la vida de los santos nos los muestra a veces «dirigiendo» a personas mayores que ellos o confiándose a otras más jóvenes, por diversas razones.

Algunas edades son cruciales para una opción de vida. Las cuestiones relacionadas con la llamada a un estado de vida no hay que aplazarlas indefinidamente. Dios no se complace en dejar a los su-

yos en la duda y la incertidumbre sobre la misión confiada o la felicidad prometida. Le toca al hombre afrontar las cuestiones que se plantean, con sinceridad y en la edad adecuada.

Hay que subrayar el horizonte concreto de toda dirección: un seminario, un noviciado, una pareja, jóvenes en busca de vocación. En el caso, por ej., del seminarista, a éste a menudo se le propone el nombre de un Padre espiritual: una historia puede comenzar, pero se requiere tiempo para la confianza. Las condiciones de vida del seminario cambian respecto de lo que los jóvenes han conocido anteriormente: el seminario tiene su ritmo, su reglamento interno. Sabemos que un día habrá que juzgar las aptitudes del seminarista para dedicar su vida al servicio de la Iglesia. Esta es la misión del Superior y de sus consejeros. La dirección espiritual es complementaria y puede ser utilísima para ayudar al seminarista a ver con claridad su vida y para fortalecer su decisión. Debe ser siempre un verdadero espacio de libertad.

La juventud del dirigido, su falta de experiencia espiritual, son factores que hay que tener siempre en cuenta para captar lo que está en juego en la palabra dicha en cada momento. Al escuchar a un joven en el fuego de la conversación debemos ponderar el peso de lo que dice a la luz de lo que será de él dentro de diez años. La madurez espiritual dependen también del proceso de maduración humana. En este crecimiento, el presente está ligado

al futuro. Es una condición de la verdad del discernimiento.

2. *La autoridad del director.* No sin razón la figura de la dirección espiritual aparece a veces como autoritaria o arbitraria. La centralidad del sujeto, la afirmación de su autonomía, el descubrimiento del lugar único que ocupa la conciencia son todos hechos históricos que refuerzan la desconfianza hacia una «dirección». La purificación que esto ha producido ha resultado beneficiosa. Pero no debe hacernos olvidar que la relación espiritual no es bilateral, sino asimétrica. No se trata de la relación entre quien sabe y quien no sabe, entre quien manda y quien obedece, sino de alguien que pide un discernimiento y se pone a la escucha de otro para recibir luz y fuerza en su vida concreta y en sus decisiones personales. Aunque el director espiritual resulta siempre «afectado» en la relación que vive con el dirigido, en esta relación el centro no es su propia vida. No tiene por qué dar cuenta de sí mismo ni confiarse a su dirigido.

A pesar de estas ambigüedades, la responsabilidad espiritual es siempre «gobierno del alma». El director espiritual deberá, a veces, ejercer firmemente la autoridad que le es reconocida con plena libertad. Aunque la conciencia personal quede siempre como el lugar secreto de la libertad, no está «prohibido» que el dirigido obedezca, siga un consejo recibido con conocimiento de causa.

Esta autoridad del director pertenece al sacerdocio común de los fieles. No es una autoridad

arbitraria. Es escucha mutua de la obra del Espíritu. Darse es depender libremente del otro. Sólo «en nombre de la libertad» puede alguien confiar en el director hasta el punto de seguir el parecer de éste más que el suyo propio. También para el director espiritual el corazón de la relación es la libertad. Respetar al otro que se confía hasta el punto de «obedecer», respetarlo de tal manera que aumente siempre su libertad.

3. *El director como maestro.* Toda dirección incluye una dimensión de enseñanza, muy variable según sean las preguntas planteadas y la formación del dirigido. Es bueno responder a las preguntas, sobre todo al principio

de la aventura espiritual. Pueden darse indicaciones precisas sobre la vida sacramental, sobre las diferentes maneras de orar, etc. La enseñanza no debe ocupar todo el espacio de la entrevista. Podría convertirse en un refugio.

La enseñanza no es un testimonio: la vida espiritual del director no debería convertirse en un modelo. Si su vida resulta ejemplar, tanto mejor. Pero ésta debe difuminarse ante el único Señor y ante su voluntad tal y como se expresa en el corazón del otro. No se trata de imitar al director espiritual, ni de hacer al dirigido a su imagen. Hay que permitir al sembrador que recoja la cosecha que ha sembrado.

### III. UNA MISIÓN, UN DON SACERDOTAL

La cuestión de la vida y la muerte, de la eternidad bienaventurada, no está tan alejada de las conciencias contemporáneas. Esta finalidad de nuestras vidas es el horizonte de nuestra vida moral, de todo crecimiento espiritual.

#### Puntos de apoyo

1. *La oración.* Aquél que se confía a un director espiritual se confía también a su oración. Orar no es principalmente pensar en alguien, en sus preocupaciones. Al contrario, al director le hará falta a menudo tomar distancia respecto a la persona y a sus confidencias. Orar es poner al dirigido en el corazón de Dios y abandonarlo en él. Esta oración supone purificación de la afectividad, abnegación de la propia

manera de pensar. El director espiritual que ora se dispone a escuchar y a comprender el plan de Dios para su dirigido.

Orar es preparar el camino para la acción de Dios. Es ponerse alerta. El director espiritual es un vigía. Escruta en la noche del que le es confiado la aurora de un día nuevo. Puede quizás ser el primero en adivinar el «sol naciente» que viene a visitar el corazón del dirigido. Esta misión es eclesial. Aunque no pueda ni deba siempre decirlo, el director es, a veces, el que corre más deprisa hasta la tumba para «ver y creer» (Jn 20,4), y después desaparece. Así dará testimonio de que Cristo ha venido «para que tengan vida en abundancia».

2. *Discernir la palabra.* La direc-

ción espiritual no es una exhortación moral, una predicación que convence o una clase que deslumbra. La misión común es la de buscar y hallar la voluntad de Dios. Es a través de la palabra como el hombre descubre la misión recibida. Es en la palabra donde reconocerá los obstáculos encontrados y la dicha ofrecida.

La libertad se abre camino a través de la palabra. Expresa sus deseos y sus pensamientos. Al expresar lo que siente, el acompañado se objetivará ante otro. Verá aparecer con sorpresa las motivaciones de sus actos, perderá el miedo a sus «monstruos interiores», dejará que la verdad se haga en él, dolorosa pero benéfica. Es muy improbable que un psicólogo pudiese desaprobare tal búsqueda de lucidez.

La conversación es un lugar de discernimiento. Las palabras dichas son signos a través de los cuales Dios dibuja su proyecto sobre cada uno de nosotros. Este intercambio supone mucho de verdad y transparencia. Ser transparente es no esconder lo que vivimos, es deshacer los pliegues de nuestro corazón con confianza, pudor y discreción. Para el director, no se trata de hacer hablar, sino de dejar hablar al hermano. Hay que escuchar la palabra en el seno de los silencios que la acompañan. Escuchar esta palabra de otro exige ascesis y abnegación.

## **Aplicación a la relación espiritual**

### **1. Recibir la misión.** En el apren-

dizaje de la dirección espiritual, más allá de la pura adquisición de una competencia, fruto de una formación teológica y espiritual, hay que abrirse a la realidad de los dones que Dios da a cada uno: escucha, discernimiento, arte de conversar, confianza, comprensión rápida de los problemas espirituales, buen juicio y flexibilidad. La dirección espiritual ha sido considerada como un «arte». Pero es también un don de Dios, y su ejercicio es profundización de este don. Podemos hablar, pues, de un cierto aprendizaje. No dudemos en trabajar y reflexionar sobre este tema, pidamos esta gracia y dispongámonos a luchar mucho y largo para obtenerla y conservarla.

El director no actúa en nombre propio. Es siempre enviado por Dios para ayudar y fortalecer a sus hermanos. La dirección es un servicio, no una profesión o una función. Todo en ella es gratuito. «Lo que gratis recibisteis, dadlo gratis». No busquemos en el acompañamiento ninguna ventaja material o afectiva.

2. *Misión y competencia.* En este ámbito, la función no crea necesariamente el órgano. La formación y la experiencia juegan un papel esencial. La dirección espiritual no es siempre suficientemente valorada como obra pastoral. No es ni espectacular ni mediática. No llega a las «masas». El que la practica constata, a menudo, tanto la humildad de su acción como la energía espiritual que requiere.

En cuanto al dirigido, no se trata de buscar «director a mi



medida», buscándolo en el «mercado» de temperamentos y espiritualidades. El Padre espiritual no «sirve» para eso. Lo esencial es optar por Dios. Las personas verdaderamente espirituales parten siempre de un punto concreto de la vida para atravesar fronteras. Sin embargo, a la hora de elegir Director son útiles algunos criterios: se requiere alguien de buen juicio, fina psicología, que escuche mucho más de lo que habla.

## A modo de conclusión

El guía espiritual ayuda a *pasar a la otra orilla*. Hay travesías de la

vida espiritual que no resultan fáciles de realizar. Pueden surgir en momentos particulares: una desgracia, una enfermedad, una misión, una crisis de confianza.

Nadie vive nunca exactamente la misma situación que otro. Sin embargo, quien dice experiencia y sabiduría dice capacidad de comprender al otro y caridad fraterna que se atreve a ser compartida. El guía espiritual *no hace* las cosas en nuestro lugar. *No vive* nuestra vida. Puede, sin embargo, ayudarnos a alcanzar más fácil y rápidamente el objetivo buscado: conocer y amar a Dios.

Tradujo y condensó: ALEXIS BONO

---

Nos hallamos en una situación pluralística y compleja, en la que lo que consideramos como bien, incluso moral, no siempre puede traducirse inmediatamente en ley civil, porque hay que contar con el consenso de muchos. Importa tener la sabiduría de avanzar paso a paso. Especialmente en una época como la nuestra, en la que las evidencias éticas se han venido abajo, puede muy bien suceder que ni siquiera el valor que a uno le parece principal pueda ser propuesto políticamente en primer lugar y convertirse sin más en norma obligatoria, sin que, al imponerlo, se corra el riesgo de una quiebra en la convivencia. Cuanto más importante éticamente es un valor tanto mayor ha de ser el empeño y la necesidad de hacerlo madurar a nivel de costumbres.

Importa, por tanto, distinguir una promoción de la mentalidad y del sentir común orientada a convencer de la importancia de un valor para la colectividad con buenas razones y con ejemplos que arrastren, de su traducción legislativa que exige haber alcanzado una base suficiente de consenso.

De ahí ha de surgir la capacidad de elaborar en propuestas políticas los valores que provienen del patrimonio de la fe. No basta abordar los problemas con declaraciones de principio, si no se arbitran instrumentos de traducción práctica que puedan ser compartidos. Más vale proponer pasos adelante, aunque sean graduales, que obstinarse en un «no» que, a la larga, resulta estéril.

Card. CARLO MARIA MARTINI, *C'è un tempo per tacere e un tempo per parlare*. Milano 1995, pp. 21-22.